

Tradicionales referencias socioculturales y relaciones interraciales en la Cuba actual*

Leonardo Calvo Cárdenas
Historiador y politólogo
Vice coordinador Nacional del *Comité Ciudadanos por la Integración Racial* (CIR)
Representante en Cuba, *ISLAS*
La Habana, Cuba

A través de los siglos, y marcados por fundamentos socioeconómicos y culturales, se han ido formando en Cuba unos patrones mentales y referenciales que ubican a los afrodescendientes en perspectivas y dimensiones generalmente rígidas y muy difíciles de desplazar. Ello se expresa en lo que podríamos llamar la paradoja socio-histórica cubana: mientras los negros y mestizos ganaron protagonismo y participación en los procesos políticos, económicos, sociales y culturales, las perspectivas se han mantenido más allá de coyunturas o alineamientos ideológicos para fijarse como determinantes a través de los cuales se ordena y corrige el posicionamiento socio-racial.

Hoy esos patrones y referencias constituyen, en condiciones socioeconómicas muy complejas, obstáculos nada despreciables en el muy necesario proceso de revalorización y redimensionamiento de las relaciones sociales, en busca de atenuar las desventajas y disfunciones que todavía padece la sociedad cubana.

La Cuba actual es escenario y motivo de creciente inquietud y debate sobre sus realidades sociales, en especial por las particularidades de sus relaciones interraciales, partiendo ante todo de las innegables desventajas y desigualdades que todavía sufren los afrodescendientes en circunstancias sociopolíticas que, estructuralmente, reducen y predeterminan las opciones de inserción social.

Durante mucho tiempo, sobre todo desde el exterior, se ha valorado a Cuba como un espacio de armonía racial e igualdad social. Solo cuando los observadores se acercan a la realidad cubana con espíritu crítico, objetivo y desprejuiciado aprecian las profundas fracturas y desequilibrios que, a estas alturas, ni siquiera el propio gobierno cubano, nada sospechoso de ser autocrítico, se atreve a negar.

Con demasiada frecuencia los analistas sucumben a la tentación de comparar la realidad social de Cuba con la de otros países, incluyendo los Estados Unidos, perdiendo de vista una serie de especificidades históricas y socioeconómicas que convierten a Cuba en un caso muy particular y exclusivo en el contexto hemisférico.

* Ponencia presentada en el Congreso de LASA (Latin American Studies Association), Washington DC., 2013

Cuba fue, como toda colonia ibérica, una colonia de población, pero la inexistencia de una proporción considerable de aborígenes, el desarrollo económico que promovió la producción cafetalera primero y azucarera después, provocaron que los africanos y sus descendientes tuvieran peso demográfico, económico, y después social, muy importante.

La masiva importación de mano de obra esclava para garantizar la producción azucarera de la principal exportadora mundial del dulce, condujo a que hubiera en Cuba, en algunos momentos del siglo XIX, más negros que blancos. Como en ningún otro lugar, una gran masa de africanos y descendientes libertos y libres dieron fisonomía —desde la economía al arte, pasando por la religión y la organización del espacio urbano— a ciudades y pueblos para ganar una gran importancia social y económica. El intenso mestizaje que ha caracterizado la evolución demográfica de Cuba, la posibilidad jurídica y material de los esclavos de comprar su libertad o la de sus hijos, el apego de los peninsulares y criollos ricos a la hacienda y el comercio, las amplias posibilidades de desenvolvimiento que brindaba el vertiginoso desarrollo económico de Cuba y el talento y laboriosidad demostrada por los africanos y sus descendientes, a pesar de las desventajas y difíciles condiciones de inserción, motivaron que ya en las primeras décadas del siglo XIX existiera en Cuba un muy visible sector de cubanos negros y mestizos con apreciable posición, caudal económico y vasta cultura.

Una masa importante de artesanos, comerciantes, músicos, artistas, maestros de escuela e incluso profesionales educados en Europa representaban un sector de afrodescendientes emergentes y pujantes sin paralelo en nuestro hemisferio. En ocasión de publicarse una muy interesante compilación sobre

el devenir histórico y social de las mujeres afrodescendientes cubanas, muchos lectores se sorprendían al enterarse de cubanos negros hacendados y dueños de esclavos, o de cómo los africanos y sus descendientes interponían y en ocasiones ganaban demandas en los tribunales coloniales.

A lo largo de la historia colonial entidades como los batallones de pardos y morenos —en los cuales muchos afrodescendientes alcanzaron altos grados e incluso tuvieron una destacada participación en las contiendas independentistas de Haití y las Trece Colonias—, los cabildos de nación, las cofradías religiosas y las sociedades fraternales y de recreo constituyen elementos importantes de ese desarrollo cívico y social de los africanos y sus descendientes.

Los esclavos manifestaron muchas veces su rechazo y rebeldía a la inhumana explotación. Varias importantes sublevaciones y el establecimiento de comunidades de esclavos fugitivos en zonas intrincadas, conocidas como palenques, se convirtieron en los primeros territorios libres del país.

Como es natural, tamaño desarrollo social tenía que convertirse por fuerza en manifestación política. Miembros de los batallones pardos y morenos enfrentaron con valentía la invasión inglesa de La Habana en 1762. Un capitán de apellido Aponte se destacó sobremanera contra la ocupación inglesa, que duró casi un año. Medio siglo después, cuando los grandes hacendados cubanos prefirieron seguir sometidos a España y comenzaron a esgrimir el “miedo al negro” para reafirmar sus intereses conservadores, y cuando reconocidos próceres del continente se aferraban a la esclavitud, un nieto del capitán Aponte, José Antonio, artista y líder religioso, encabezó un movimiento de blancos y negros libres y esclavos, con ramificaciones internacionales, destinado

a abolir la esclavitud, acabar con el dominio colonial español y promover la convivencia en pie de igualdad de todos los habitantes de una Cuba post colonial.

En las tres guerras de independencia (1868-1878, 1879 y 1895-1898) hubo una participación trascendental de los afrodescendientes. La masa fundamental de combatientes y varios de los más valiosos oficiales, que a base de heroísmo y sacrificio ganaron grado a grado posiciones cimeras en el Ejército Libertador, escribieron páginas de gloria en tres décadas de difíciles contiendas. Y fueron estas guerras las que le dieron visibilidad a las paradojas socio-históricas que refería anteriormente.

En medio del proceso de construcción de naciones, el campo épico expone con más claridad las estructuras performativas de la sociedad. El resultado de la contradicción entre el protagonismo acumulado por los afrodescendientes y la rigidez de las pautas de estructuración social fue la creación del Partido Independiente de Color (PIC, 1908-1912) por un número considerable de veteranos independentistas ante la exclusión, el menosprecio y las injusticias. Y de su tipo, este fue un partido único en el continente.

El PIC se destaca por haber sido formación política de negros y blancos, que en tan temprana época propusieron un programa muy progresista y conectado con las necesidades y anhelos de la mayoría de los cubanos sin distinción. Veinte dos años antes de la Constitución de 1940 y 41 años antes del programa expuesto por Fidel Castro en su alegato *La historia me absolverá*, los Independientes de Color plantearon soluciones para los más acuciantes problemas sociales.

La narrativa de los subalternos, rica en ejemplos de protagonismo, contribución y

definición capitales por los afrodescendientes en la conformación y desarrollo de la nación cubana, su riqueza y su cultura, no ha logrado entrar, sin embargo, dentro de las líneas maestras que analíticamente conceptualizan y contrastan las opciones, posibilidades, alcances o fracasos del proyecto de nación. Y esto es así porque, desde su posición supremacista y hegemónica, los descendientes de españoles, de hacendados con formación católica que desde que España gobernaban Cuba lograron entronizar sus intereses en las estructuras de poder, haciéndolos coincidir, epistemológicamente, con el discurso límite de la nación.

Su encuadre intelectual se ha postulado como el único posible y cristaliza en el discurso hegemónico sobre lo real, lo concebible y lo legítimo. No es de extrañar la tensión de este discurso, que aflora con más nitidez mientras más evidente es el fracaso de su proyecto nacional, con la emergencia de lo excluido, lo marginado, lo invisibilizado, y subalternizado. El intento recurrente de reafirmar la imagen, los imaginarios, los poderes reales y los espacios de realización social o económica chocan vivamente con una realidad que ya no se deja atrapar por las pautas de lo posible, instituidas desde arriba y desde el poder de y sobre la cultura. No estamos ahora frente a una mera crisis política o de lo político, sino frente a una crisis de los límites culturales del proyecto de nación cubana.

El “miedo al negro” sigue siendo una realidad irrefutable. Sin embargo, los supremacistas criollos no temen a la posible violencia de los afrodescendientes. El racismo aflora como una necesidad urgente de reordenar y corregir, mediante el menosprecio, al sujeto necesario e inferiorizarlo como un peligro capaz de demostrar, además, suficientes capacidades para elevarse sobre los obstáculos y retos que le ha impuesto su historia de vida.

Este menosprecio se ha convertido en profunda referencia cultural, patrón sistematizado de conducta y extendida mentalidad social para la hegemonía criolla. Una manera de inferiorizar a los afrodescendientes.

El hegemonismo excluyente avanza seguro cuando se logra convencer a muchos de la inferioridad del ente discriminado, pero cuando se logra convencer al ente discriminado de su propia inferioridad, el éxito está completamente garantizado. De tal manera y lamentablemente, la inmensa mayoría de los afrodescendientes nos vemos del mismo modo en que nos ha dibujado esa mentalidad colonial. Razón por la que nos odiamos y tratamos de dejar de ser lo que somos por alguna vía, en lugar de descolonizar nuestra mente y nuestro espíritu, y enorgullecernos de nuestras cualidades, luchas y contribuciones a la cultura e historia de la nación.

Esas particularidades, históricas y socioeconómicas que nos caracterizan han provocado que, por casi dos siglos, viviéramos una falsa ilusión de blanqueamiento, es decir: desde la condición de marginados y excluidos pensamos que, asumiendo comportamientos, educación y cultura “de blancos,” podíamos cambiar de estatus y ascender socialmente.

Desde que se inauguró nuestro primer imaginario republicano (1869) hemos vivido una falsa ilusión de igualdad que en nada se corresponde con las desigualdades e injusticias que han definido históricamente nuestra convivencia.

Los afrodescendientes cubanos, siempre en las zonas de exclusión, fueron víctimas de la más cruel violencia, aunque hayan creado con su sudor, sangre y talento la riqueza, la independencia y la cultura en momentos claves de la historia. En 1844, muchos de esos cubanos negros y mestizos, incluso aquellos cultos y acaudalados, fueron ejecutados a cau-

sa de la supuesta Conspiración de la Escalera. En 1912, miles de miembros del PIC y muchos ciudadanos inocentes fueron masacrados por sus antiguos compañeros de armas, que en nombre del gobierno republicano eliminaron de raíz ese “peligro negro”, convertido en sólida y prometedor propuesta política.

En 1953 el entonces líder revolucionario Fidel Castro ejecutó una especie de genocidio moral, al no mencionar en su alegato de defensa, convertido en programa político, el problema racial entre los traumas y retos que enfrentaba la sociedad cubana luego de casi medio siglo de república.

Se suponía que al triunfar la revolución (1959) serían barridas todas las desventajas e iniquidades por tanto tiempo acumuladas. No obstante, sin abandonar el discurso justiciero e igualitarista, el alto liderazgo revolucionario se dedicó con sistematicidad meticulosa a reforzar los patrones de inferioridad y menosprecio ya incorporados como fundamento mental y cultural, amén de barrer con los espacios y alcances cívicos logrados con mucho esfuerzo. Durante años, las autoridades cubanas menospreciaron, satanizaron y persiguieron las manifestaciones culturales y religiosas de origen africano. El gobierno cubano ha construido dos catedrales ortodoxas en una zona de mayoritaria población afrodescendiente, mientras prohíbe la consagración de templos a los devotos de las religiones afrocubanas.

Haber dado por eliminado el racismo — algo tan absurdo y perverso en tanto el racismo es una actitud consustancial al ser humano— y suprimir el debate —con la represión incluida de importantes pensadores, líderes y artistas afrodescendientes— en nombre de la unidad nacional y revolucionaria, causó una herida profunda en el alma y en el cuerpo de esta nación incompleta que hoy, en coyuntura de crisis profunda, se estremece por fracturas y

disfunciones que comportan enormes traumas y peligros de cara a un futuro de complejas transformaciones.

Como de costumbre, los afrodescendientes cubanos seguimos siendo los primeros para los trabajos duros o para morir en las guerras, pero quedamos siempre relegados y excluidos a la hora de ocupar los espacios promisorios de la sociedad y del imaginario cultural. Cualquier persona con una cuota de poder o autoridad sabe que puede cometer una injusticia racista y no será cuestionado ni castigado. El Código Penal recoge una difusa figura que previene el delito contra la igualdad, pero es desconocida hasta por los mismos fiscales.

Resulta lacerante ver cómo, a pesar de que los gobernantes han reconocido la gravedad del problema, los afrodescendientes seguimos siendo valorados como víctimas, culpables, sospechosos o beneficiarios del paternalismo hegemónico. Los afrodescendientes cubanos no contamos como tal en las estadísticas gubernamentales. Mientras somos más en las calles, somos menos en el censo oficial. Al salir a la calle, cada afrodescendiente cubano sabe que puede ser objeto del vejamen o la arbitrariedad de las fuerzas de orden público, además de seguir siendo la inmensa mayoría de la abultada población penal.

Hoy el crecimiento abismal de la pobreza, que lamentablemente tiene color definido, junto con la territorialización y sectorialización de las desventajas, conviven y se refuerzan con la persistencia de esos patrones, que hacen difícil y doloroso ser afrodescendiente en Cuba. La dolarización de la sociedad significó la definitiva estructuralización de la desventaja. En la actualidad muy pocos cubanos negros cuentan con acceso a los fiscalizados enclaves de la economía dolarizada o

con los recursos financieros o materiales que permitan aventurarse en los avatares de la economía no estatal.

Desde la altura de su poder, el alto liderazgo no se ha percatado de seguro que cuando un cubano blanco pierde su empleo por los reajustes estructurales motivados por la crisis generalizada del modelo, tal vez pueda contar con la ayuda de un familiar emigrado, insertado en los espacios de la economía dolarizada o brindando servicios especializados en algún país extranjero. Estas posibilidades se reducen dramáticamente cuando se trata de un afrodescendiente.

Aunque la propaganda oficial no lo recoge, los representantes de Naciones Unidas en La Habana no lo ven y los corresponsales de prensa no se atreven a reportarlo, el mapa de la miseria y la desesperanza se extiende y profundiza teñido de negro en Cuba.

Resulta bien lamentable que nuestros niños y jóvenes continúen saliendo de todos los niveles de enseñanza, incluso las universidades, sin conocer la larga y bella historia de glorias y heroísmos, talentos y esfuerzos con que los africanos y sus descendientes han contribuido a forjar la riqueza y la cultura nacional. Resulta lacerante ver como los afrodescendientes somos menos que invisibles en las imágenes comerciales y corporativas, y cómo la televisión, totalmente estatal, proyecta una visión degradada y humillante de ese segmento esencial de nuestra sociedad.

Está muy claro que, para las autoridades cubanas, cumplir con la responsabilidad de mostrar a sus ciudadanos esa historia y esa verdad por tanto tiempo escamoteadas, implicaría dar un vuelco dramático a las perspectivas referenciales profundamente incorporadas en el discurso oficial e incluso en la mentalidad social. Reconocer y difundir la verdadera historia de los afrodescendientes cubanos impe-

diría a los gobernantes seguir diciéndonos que la revolución nos hizo personas.

Después de medio siglo de revolución, Cuba sigue siendo una estratificada sociedad de castas, donde por muy cultos, talentosos, abnegados, famosos e incluso acaudalados que sean los afrodescendientes, nunca llegarán a ser percibidos y tratados como ciudadanos de primera categoría.

Tal realidad impone a los intelectuales y activistas cívicos independientes un compromiso ineludible con el debate académico y social sobre este trascendental asunto, reabierto con excelencia y vigor dentro de múltiples espacios de la sociedad civil, con la conexión del cubano común a su verdadera historia, libre de omisiones y tergiversaciones interesadas, como único camino para reafirmar los patrones de identidad, orgullo y autoestima que deben constituir el sólido cimiento de una convivencia plena de igualdad, integración, respeto a la diversidad y a los valores de todos sin distinción.

Lamentablemente, los intelectuales, académicos y artistas que, moviéndose dentro del oficialismo, han demostrado por años sensibilidad con el tema racial y han expuesto sus inquietudes y experiencias, no han sido capaces de llegar al fondo y la esencia de las causas estructurales e ideológicas de que hoy Cuba, a pesar del papel jugado por los afrodescendientes en su historia, se encuentra tan retrasada en la definición e incorporación de los principios y mecanismos que impulsan la cruzada global en pos de rescatar los valores y afirmar los derechos de los afrodescendientes.

A estas alturas, pretender eximir de la responsabilidad histórica del grupo de po-

der que ha definido los destinos de nuestra nación en los últimos cincuenta y cuatro años, por los enormes traumas y carencias que subsisten en las relaciones interraciales, demuestra una raigal ausencia de valentía y ética política y, sobre todo, perder el camino correcto en el enfrentamiento consecuente de uno de los más serios problemas de Cuba en un futuro inmediato.

No me canso de expresar de que tomar conciencia y sensibilidad sobre la profundidad y trascendencia de este problema implica un compromiso y una responsabilidad muy altos, porque una nación dividida puede llegar a ser una nación fracturada; una nación fracturada puede convertirse en una nación incompleta; y una nación por mucho tiempo incompleta puede llegar a ser una nación imposible.

Si no nos decidimos a socializar este necesario debate, con la valentía y honestidad que requiere, fuera de los espacios fiscalizados y de los cenáculos elitistas, para llevarlo a su ámbito natural de ventilación, a saber: el gueto, las comunidades, el aula, las pantallas y los escenarios, con el propósito de comenzar a cambiar definitivamente la percepción que tenemos de nosotros mismos, nuestros descendientes no sólo lo van a sufrir, si no que también nos van a reclamar.

Postergar la aproximación necesaria a la solución de una fractura acumulada, equivale a seguir posponiendo el completamiento de un proyecto de nación inconcluso. Sin la integración de la afrodescendencia no hay nación cubana.